

RELIGIOSIDAD Y CREENCIAS RELIGIOSAS EN CANARIAS Y AMERICA DURANTE EL SIGLO XVIII: LAS CONTINUAS INFLUENCIAS

MANUEL HERNANDEZ GONZALEZ

DOCTOR EN HISTORIA
UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

1. LA PROYECCION DE LA RELIGIOSIDAD AMERICANA EN CANARIAS.

Durante el siglo XVIII, aunque este hecho no es lineal en todas las islas, asistimos a un proceso de intensificación de la emigración canaria hacia América. Aunque un porcentaje de esos emigrantes nunca volverán —nos referimos fundamentalmente a la migración de características familiares que, impulsada por la Corona y con el beneplácito de las élites sociales canarias, se ha venido en llamar tributo de sangre y que fue destinada a zonas escasamente pobladas y que la Monarquía no quería perder— sin embargo, unida íntimamente al comercio de las islas con Indias, se desarrolló una emigración que en no pocos casos retornaba y que estaba compuesta fundamentalmente por varones. Esa migración, que recreó uno de los mitos más extendidos en la sociedad canaria, el del indiano, se tradujo en una notable influencia americana en las islas en todos los renglones de la sociedad incluido el religioso, como tendremos ocasión de ver a continuación.

A pesar de las repercusiones negativas que tuvo la Desamortización, con la irremediable pérdida de numerosas obras de orfebrería que habían sido donadas a los numerosos conventos que poblaban la geografía insular, podemos

hoy considerar el legado americano conservado en las islas como uno de los más impresionantes del Estado español. Ello se explica por el considerable auge alcanzado por la importación de obras de platería americanas, especialmente en el siglo XVIII.

La orfebrería importada desde las Indias tiene una finalidad fundamentalmente religiosa. En una sociedad caracterizada por el protagonismo que las manifestaciones religiosas gozan en la comunidad, el indiano utiliza los valores y las fórmulas religiosas como una forma de ascender socialmente dentro de una comunidad en la que cuando partió hacia tierras americanas se le consideraba miembro de los estamentos menos privilegiados de la sociedad. No es por tanto casual que uno de los vehículos de penetración religiosa de las concepciones de la fe que nos vienen de América tengan como portavoz y exponente a la figura del indiano. Francisco Jiménez, natural de Buenavista (Tenerife), tras haber pasado 43 años en México, trajo en el barco de regreso las siguientes piezas de plata: un frontal, 6 candelabros, 2 ciriales, 8 varas de palio, 2 arañitas, 1 cruz de manga, 1 campanilla, 2 coronas de espinas, 2 atriles, 1 palabrero, 1 cruz de altar, 8 candelabros pequeños, una zetra con su hisopo, un guión con su cruz y cañones de la vara, un par de vinajeras con su platillo, 1 custodia y clavazón para las alhajas⁽¹⁾. Ante esta ostentación de la riqueza acumulada tras sus años de estancia en Indias, ¿qué podían pensar sus contemporáneos, que la veían relucir día tras día en su parroquia como símbolo de magnificencia y de esplendor, de este personaje, plasmada en el altar mayor de la iglesia en la que recibió las aguas del bautismo?

El indiano se convierte en el difusor de una sacralización de la riqueza que viene a reforzar la teatralidad de la fe. Esa ostentación de lustre y riqueza que la plata delata encuentra en la filigrana su expresión técnica preferida. El arte expresa el sentimiento religioso de sus artistas y donantes y, a tono con él, la filigrana corresponde en su apogeo a la grandilocuencia, la suntuosidad y la teatralidad de la concepción religiosa del devoto. La orfebrería fue llevada en las islas a tal extremo de complicación y efectismo en su realización en el siglo XVIII que sólo puede interpretarse desde esa perspectiva. Mientras que en la Península decae desde la etapa de los Austrias e incluso en la misma Sevilla se considera despreciable toda obra de ese género, en la Canarias del siglo XVIII que conoce el auge de la emigración indiana, como en América, encontramos su etapa dorada.

(1) MORALES PADRON, F., *El comercio canario-americano (Siglos XVI, XVII y XVIII)*. Sevilla, 1955.

El paralelismo entre las islas Canarias y América en todos los planos es indudable. En el terreno religioso son tierras en las que se encuentra la Iglesia con un pueblo por evangelizar y tienen que conformarse en sus creencias religiosas con una mentalidad necesariamente diferente a la peninsular, constituida a lo largo de siglos y de distintas civilizaciones. Pero asimismo las islas desde el mismo momento de la conquista están estrechamente relacionadas con América, reciben un continuo aporte e influencia cultural. Por todas estas razones el proceso de las creencias religiosas presenta notables semejanzas e interrelaciones. La orfebrería, como una expresión de la fe dirigida hacia el creyente, muestra abiertamente esas similitudes. Con una formación y desarrollo en el que influyen más las pautas del misionero que las del artista cultivado, en las Indias se complacen los talleres populares en labrar piezas de técnica del gusto hispano-mudéjar, cuya magnificencia barroquizante y detallista se identifica plenamente con los parámetros de una religiosidad teatral que exalta, desde una fe vivencial, el lujo y el boato que ejemplifican en las islas la grandeza de alma y el afán de preeminencia social de los indios. ¿Qué incitación recibirían si no los icodenses con la contemplación de la pieza de filigrana mayor del mundo, la cruz de San Marcos, de 1'80 metros de altura y de 47 kilos de peso donada por el obispo electo de La Habana, Nicolás Estévez Borges ⁽²⁾?

Las Vírgenes son las imágenes predilectas en las dedicatorias de los indios. Uno de los ejemplos más significativos es el de la Virgen de la Esperanza de la Guancha, en cuya diadema la Musa popular expuso una sentida súplica, expresiva de la afectividad emocional y de exigencia religiosa que muestra la generosidad autocomplaciente del donante:

Esta corona os dedica la madre que me crió, que la devolváis, suplica, la vista que ella perdió ⁽³⁾.

La Virgen de las Nieves de La Palma con su frontal de plata donado por Juan Torres de Ayala en 1740 ⁽⁴⁾, fue una de las Vírgenes que más recibió donaciones indias, pero sin duda fue la Virgen de Candelaria la patrona insular que más recibió. Rodríguez Moure nos dejó una muestra del numeroso patrimonio que la Patrona de Canarias acumuló durante el Antiguo Régimen ⁽⁵⁾. Y es que se puede constatar una relación directa entre emigración

(2) HERNANDEZ PERERA, J., *Orfebrería de Canarias*. Madrid, 1955, pág. 177.

(3) *Ibidem*, op. cit., pág. 178.

(4) *Ibidem*, op. cit., pág. 198.

(5) RODRIGUEZ MOURE, J., *Historia de la devoción del pueblo canario a Nuestra Señora de Candelaria*. Santa Cruz de Tenerife, 1913.

y riqueza de obras de platería. No es casual que sea Tacoronte la población isleña que conserva más plata de procedencia indiana, como es expresiva la monumental lámpara de plata donada en 1738 por Andrés Alvarez al Cristo de Tacoronte, acompañada asimismo de 400 pesos fuertes “para imponerlos en finca segura y con sus réditos se comprase el aceite para encender dicha lámpara para siempre jamás”⁽⁶⁾.

Casi no hay iglesia en las islas que no pueda mostrar una cruz de manos o un atril de carey y nácar, como el cofre de la iglesia parroquial de San Lorenzo en Gran Canaria, que nos demuestra las riquezas alcanzadas por estas manufacturas indianas⁽⁷⁾. Estas producciones proporcionaron un sello peculiar al arte isleño que forma parte esencial de la cultura material y espiritual del Antiguo Régimen con su característico derroche de metal y sus peculiares matices barrocos, en claro contrapunto con nuestra secular escasez de recursos minerales y de moneda.

Ese esplendor y derroche testimonial de opulencia no es sólo visible en el plano religioso en la plata, aunque es su simbología más preclara, sino también en la abundancia de esculturas americanas que nos permite apreciar los múltiples aspectos trascendentales que conforman la fe de los isleños y que encuentran en el siglo XVIII su etapa más floreciente, precisamente en la época que asistimos a la aportación más numerosa de tallas indianas, uno de cuyos más espléndidos testimonios es la Virgen de las Angustias de Icod donada por Marcos Torres, que alcanzó una considerable fortuna con sus actividades comerciales en México, en cuya ermita nos dejó un exponente de esa religiosidad teatral y grandilocuente en el gigantesco caimán que pende de su artesonado tal y como si fuese un trofeo dedicado a la Virgen por los propietarios de la ermita⁽⁸⁾.

La concepción religiosa que el indiano trae de América a Canarias no difiere sustancialmente en su afán de preeminencia de los grupos sociales rectores de la sociedad, a los que trata de imitar, pero con su carácter de movilización social, en muchos aspectos se constituye como la única vía que los sectores sociales inferiores de la sociedad tienen para escalar dentro de la pirámide social. En los pueblos de menor entidad paulatinamente se convierten en las élites sociales y se puede decir que la expresión artística y religiosa de las pequeñas parroquias prácticamente está condicionada por los legados de los emigrantes.

(6) HERNANDEZ PERERA, J., op. cit., pp. 182-183.

(7) *Ibíd.*, op. cit., pp. 204-205.

(8) MARTINEZ DE LA PEÑA, D., *Esculturas americanas en Canarias*. II Coloquio de Historia canario-americana. Las Palmas, 1977. Tomo II, pág. 485.

Como refleja el licenciado Ocampo, en Tacoronte, no se puede realizar ninguna obra en la iglesia porque “con la guerra hay dos años que no viene un cuarto de Indias”⁽⁹⁾.

En algunas ceremonias y creencias religiosas canarias se puede apreciar también la huella de la influencia americana en la teatralidad y la humanización barroca de su concepción religiosa y festiva. Nos referimos por una parte a la representación humana de la Santísima Trinidad, rasgo perseguido por la Iglesia y que muestra similares connotaciones tanto en Indias como en Canarias, difundido en las islas en su plasmación pictórica y en la imaginación popular a través de los numerosos cuadros de Vírgenes con que contamos procedentes de Indias. Ese es por ejemplo el caso del cuadro de Nuestra Señora de Guadalupe conservado en la parroquia de Santa Catalina de Tacoronte, que recoge en su parte alta la representación de la Santísima Trinidad con triple figura humana. Esa humanización de Dios que caracterizó la fe sencilla fue algo característico de las concepciones religiosas de los canarios, pese a las prohibiciones de los obispos ilustrados y que se puede apreciar en las numerosas pinturas que todavía hoy subsisten con tal representación humana, a pesar de la destrucción de numerosas de ellas ejecutada en la centuria ilustrada⁽¹⁰⁾.

La segunda de estas manifestaciones es la de los Cristos destinados a una ceremonia de gran teatralidad, el Descendimiento. Se conservan en Canarias Cristos del siglo XVIII esculpidos en México con la técnica escultórica tradicional de los indios tarascos que consistía en el modelado de figuras mediante una pasta de maíz y goma. Estos Cristos eran de tamaño natural, con la cabeza y extremidades talladas en madera y con el cuerpo hueco ejecutado con la citada técnica que trae consigo el que sean de poco peso. Con un sencillo mecanismo a la altura de los hombros mueven los brazos, por lo que servían para tal ceremonia⁽¹¹⁾. El arraigo que esta técnica popular de escultura tuvo en las islas, sirvió con su escenificación para impactar dentro de su concepción festiva a los fieles en una dimensión teatral de este acto religioso de la Semana Santa que, por su carácter opuesto a una concepción rigorista de la fe, fue prohibido por los obispos ilustrados del siglo XVIII.

(9) Reproducido en CASAS OTERO, J., *Estudio histórico-artístico de Tacoronte*. Tenerife, 1987, pág. 194.

(10) *Ibidem*, op. cit., pág. 79. Sobre el tema, véase HERNANDEZ GONZALEZ, M., *La religiosidad popular en Tenerife durante el siglo XVIII*. Fiestas y Creencias. Tenerife, 1989.

(11) MARTINEZ DE LA PEÑA, D., *Esculturas y pinturas americanas en Canarias*. Dentro de Canarias y América, libro dirigido por FRANCISCO MORALES PADRON. Madrid, 1988, pág. 213.

En definitiva, la profusión de obras y elementos indianos tiende a reforzar y consolidar una concepción de la fe teatral y grandilocuente en la que priman los ropajes, el boato y los lujos como motivadores e impulsores de las creencias de los isleños. Los indianos, al querer sobresalir sobre la generalidad, estimulan y hacen suyo ese carácter religioso reforzándolo aún más con esas obras de arte americanas que beben de esa sencillez y humanidad del modelo de fe dominante en Indias. Y de igual manera los escultores, pintores y orfebres isleños difunden en los templos esa concepción vivencial de la fe que tan hondo ha calado en los creyentes canarios y que explica el arraigo que el barroquismo y la filigrana alcanzaron en el archipiélago durante el siglo XVIII.

El retablo es la plasmación escénica en el templo de esa concepción de la fe que privilegia la monumentalidad y la magnificencia de las esculturas en las que depositan los creyentes sus esperanzas y anhelos. Si en los techos de las iglesias canarias calaron los decorados pictóricos portugueses, por la concepción de la fe que preconizaban y que permitían sustituir en la imaginación popular la cúpula que era inaccesible para las parroquias isleñas por el alto coste que conllevaba en su realización, en el retablo canario está presente la huella indiana. La fachada de la iglesia parroquial de Pájara en Fuerteventura, con sus soles, serpientes que se muerden la cola, emplumadas cabezas de indios y otros símbolos de sabor americano, obra donada por un canario que había sido contador de la renta de tabaco en México, nos muestra esa proyección de la fe y la imaginación isleña hacia esa mítica americana que también está presente en nuestra orfebrería, en nuestras gárgolas y en nuestros retablos. No sólo retablos enteros, como el de la Virgen de la Soledad del convento agustino de Tacoronte o el retablo de Montemayor, hoy depositado en la parroquia de Nuestra Señora de Francia del Puerto de la Cruz, provienen de Indias, sino que la profusión de elementos tropicales en los retablos ha llevado a denominar al barroco isleño como un barroco de retorno, de la emigración, por la notable influencia indiana que se desprende del mismo ⁽¹²⁾.

Tal huella nos dejó la emigración a América que dio pie a la realización de exvotos y continuas súplicas al Altísimo o a sus intercesores por los peligros que devenían de la travesía marítima hacia el Nuevo Mundo. Son numerosos los exvotos marinos que se pintaron en acción de gracias por el auxilio divino ante los avatares de la mar, siendo los mejor conservados los del Santuario de Nuestra Señora de las Nieves en la isla de La Palma. Tan profunda huella vivencial dejó en el ánimo de los isleños las travesías hacia Indias que, como

(12) TRUJILLO RODRIGUEZ, A., *Elementos decorativos indianos en el retablo canario*. II Coloquio de Historia canario-americana. Las Palmas, 1979. Tomo II.

recoge Bethencourt Alfonso, hasta mediados del siglo XIX, “los buques que salían para América dejaban en los pueblos de donde embarcaba gente, un verdadero duelo, vistiendo las familias de luto y las campanas doblando como en día de los finados. El luto no se lo quitaban las familias de los individuos hasta no tener noticias. Tal era la seguridad en los viajes, donde perecían con frecuencia ahogados, o morían o enfermaban de hambre ⁽¹³⁾.

En definitiva, las ideas y las creencias religiosas canarias se hallan impresas por una marcada influencia americana hasta el punto de difuminarse por las semejanzas y concomitancias que presentan los hábitos y actitudes socio-culturales de unas islas y un continente incorporados a las corrientes culturales e ideológicas occidentales en un mismo período histórico y que permanecieron estrechamente ligados por ese fuerte nexo que fue la emigración y los contactos comerciales.

2. LA PROYECCIÓN DE LA RELIGIOSIDAD CANARIA EN AMÉRICA: EL CULTO A LA CANDELARIA.

Un rasgo característico de las diferentes comunidades isleñas establecidas en América es su identificación religiosa en torno al culto de la Candelaria. Es significativo apreciar que la definición religiosa de los isleños se unifique en torno a su proyección en una parroquia dedicada al culto de la Virgen de la Candelaria. Las motivaciones de este hecho pueden ser de diversa naturaleza. Por una parte ser la Virgen más difundida por toda la geografía insular, ligada estrechamente a su aparición a los primitivos habitantes de las islas, hasta el punto de ser considerada la Patrona del archipiélago. Y por otra, el enorme peso específico de los tinerfeños dentro de la emigración canaria.

Podemos apreciar a lo largo de todas las regiones americanas a las que los canarios emigraron la pervivencia del culto a la Candelaria que ellos forjaron cuando fundaron esas poblaciones. El propio Felipe IV en 1675 concedió el permiso para pedir limosna para la Candelaria en toda la América Española ⁽¹⁴⁾.

Dentro de la difusión del culto a la Candelaria en América se pueden distinguir dos tipos de fenómenos estrechamente ligados a la forma en que aconteció esa emigración. Por una parte la fundación de pueblos como resultado

(13) BETHENCOURT ALFONSO, J., *Costumbres populares canarias de nacimiento, matrimonio y muerte*. Introducción de MANUEL A. FARINA GONZALEZ. Tenerife, 1985.

(14) RODRIGUEZ MOURE, J., op. cit., pág. 195.

de la política poblacionista de la Corona de determinados territorios que podía perder si no colonizaba, trajo consigo la formación de municipios constituidos por pobladores isleños. Ese fue el caso de San Carlos de Tenerife en las proximidades de Santo Domingo, que fue municipio hasta 1911. Fundada en el último tercio del siglo XVII ⁽¹⁵⁾, su población se desarrolló en torno a la parroquia de Nuestra Señora de Candelaria, cuya imagen fue traída de Canarias conservándose hasta la actualidad. Tal configuración tuvo que esa población hasta bien entrado el siglo XX era conocida por el pueblo de los isleños, nombre con que se denominaba a los canarios en América, definición ciertamente bien contradictoria en una isla, pero que define, hasta con ciertas connotaciones y ribetes racistas en oposición a los negros, la población de esa procedencia.

Este tipo de emigración se difundió fundamentalmente en el Caribe. Además de la fuerte migración isleña a la actual República Dominicana, Puerto Rico, Cuba y Venezuela fueron los lugares donde esta migración fue mayoritaria. Pero además debe hacerse referencia a Luisiana, donde todavía hoy se conserva la isla de Candelaria como testimonio perenne de esa devoción, Uruguay, San Antonio de Texas, Florida y la Costa de los Mosquitos en Centroamérica.

En Puerto Rico todavía hoy la pervivencia del culto a la Candelaria es un hecho característico de diferentes comunidades de la isla. En Coamo se practica la costumbre de encender las candelarias para proteger las casas del fuego, porque según una creencia muy generalizada en el país, quien no prende una fogata en las inmediaciones de su casa el día de la Purificación, o quema al menos algunos papeles en la cocina, puede ver su morada envuelta en llamas durante el curso del año. En el pasado eran numerosas las fogatas que se encendían el 2 de febrero, e incluso se quemaba un muñeco de paja. La estrecha relación entre la Candelaria y las fiestas carnavalescas que hemos estudiado en Canarias se da también en Puerto Rico. Todavía en 1890 en esa localidad se celebran las fiestas de San Blas y la Candelaria con comparsas de máscaras ⁽¹⁶⁾. La profusión de ese culto, conjuntamente con su difusión en las parroquias de que es patrona se puede apreciar también en la imaginería popular, de la que la Candelaria es uno de sus exponentes más característicos.

El segundo fenómeno es la difusión y el patronazgo de la Candelaria dentro de la emigración isleña cuando ésta se desarrolla de forma “espontánea”,

(15) UTRERA, C., *Santo Domingo. Dilucidaciones históricas*. Santo Domingo, 1978. Tomo I, pág. 316.

(16) VIDAL, T., *San Blas en la tradición puertorriqueña*. San Juan de Puerto Rico, 1986.

no debida a la política poblacionista de la Corona. Surge a raíz de la notable emigración clandestina que se establece fundamentalmente en Cuba, Venezuela y el Yucatán mexicano. El caso más señalado en este sentido es la parroquia de la Candelaria de Caracas. Creada como ermita por un grupo de canarios en 1696 y convertida treinta años más tarde en parroquia, constituye un certero exponente de unificación simbólica de los isleños en torno a su parroquia. Tan marcada es la identificación en la capital venezolana de la Candelaria con la emigración canaria que todavía hoy el ámbito que cubre sigue siendo conocido por el ocupado por los emigrantes procedentes de las islas. Los isleños, como símbolo de su devoción predilecta, daban culto a su Patrona, se integraban en su cofradía y le daban donativos para el realce de su culto y fiestas como un exponente referencial de su identidad personificada en el marco de su parroquia de adopción y en el culto a su Patrona insular. Tan extendido fue el culto a la Candelaria en Venezuela que aún hoy se puede hallar a lo largo de todo el territorio de ese país, como una exacta correlación del influjo de la emigración isleña en el devenir histórico venezolano.

Manuel Hernández González